

# EL CASAMIENTO

---

Autor: EVARISTO CARRIEGO

---

Como nada consigue siendo prudente  
del montón de curiosos que han hecho rueda  
esperando a los novios, vuelve el agente  
a disolver los grupos de la vereda.  
Que después del desorden que hace un momento  
se produjo, interviene de rato en rato:  
cada cinco minutos cae el sargento  
y, con razón, no quiere pagar el pato...  
En la acera de enfrente varias chismosas  
que se hallan al tanto de lo que pasa,  
aseguran que para ver ciertas cosas  
mucho mejor sería quedarse en casa.  
Alejadas del cara de presidiario  
que sugiere torpezas, unas vecinas  
pretenden que ese sucio vocabulario  
no debieran oírlo las chiquilinas.  
Aunque —tal acontece— todo es posible,  
sacando consecuencias poco oportunas,  
lamenta una insidiosa la incomprensible  
suerte que, por desgracia, tienen algunas...  
Y no es el primer caso... Si bien le extraña  
que haya salido un zonzo... pues en enero  
del año que transcurre, si no se engaña,  
dio que hablar con el hijo del carnicero.  
Con los coches que asoman, la gritería  
de los muchachos dice las intenciones  
del común movimiento de simpatía  
traducido en ruidosas demostraciones.  
Una vez dentro, es claro, no se comenta  
sino la ceremonia muy festejada,  
bien que por otra parte les impacienta  
el reciente bochinche de la llegada.  
Como los retardados no han sido tantos  
y sobran bailarines en ese instante,  
se va a empezar la cosa, salvo unos cuantos  
que se reservan para más adelante.  
El tío de la novia, que se ha creído  
obligado a fijarse si el baile toma  
buen carácter, afirma, medio ofendido,  
que no se admite cortes, ni aun en broma.  
—Que, la modestia a un lado, no se la pega  
ninguno de esos vivos...seguramente.  
La casa será pobre, nadie lo niega:  
todo lo que se quiera, pero decente—.

Y continuando, entonces, del mismo modo  
prohíbe formalmente los apretones:  
compromisos, historias y, sobre todo,  
conversar sin testigos en los rincones.  
La "polka de la silla" dará motivo  
a serios incidentes, nada improbables:  
nunca falta un rechazo despreciativo,  
que acarrea disgustos irremediables.  
Ahora, casualmente, se ha levantado  
indignada la prima del guitarrero,  
por el "doble sentido", mal arreglado,  
del piropo guarango del compañero.  
La discusión acaba con las violentas  
porfías del padrino, que se resiste  
a las observaciones de las parientas  
que le impiden que haga papel tan triste...  
El vigilante amigo, que en la parada  
cumpliendo la consigna diaria se aburre,  
dice que de regreso de una llamada  
vino a echar su vistazo, por si algo ocurre. ..  
Como es inexplicable que se permitan  
horrores que no deben ser achacados  
a los íntimos, varios padres lo invitan  
a proceder en forma con los colados.  
En el comedor, donde se bebe a gusto,  
casi lamenta el novio que no se pueda  
correr la de costumbre... pues, y esto es justo,  
la familia le pide que no se exceda.  
Y lo que es él, ahora tiene derecho  
a desdeñar, sin duda, las perrerías  
de aquellos envidiosos, cuyo despecho  
fuera causa de tales habladurías...  
Respecto de aquel otro desengañado  
—es opinión de muchos—, en verdad cabe  
suponer que, si es cierto que anda tomado,  
come una locura de las que él sabe.  
La madrina, a quien eso no le parece  
sino una soberana maldad, se encarga  
de cantarle unas frescas, según merece  
ese desocupado tan lengua larga...  
Entre los invitados, una comadre  
narra cómo ha podido venirse sola:  
¡se le antojó a su chico seguir al padre  
a traer la familia de don Nicola!  
...¿ Su cuñada? ¡Qué cambio! Parece cuento,  
siempre encuentra disculpas, y hasta le ruega  
no insistir, pretextando su retraimiento  
desde que la hermanita se quedó ciega.  
Las mujeres distraen de cuando en cuando  
a la vieja que anoche, no más, reía  
fingiéndose conforme pero dudando:

—...al fin era la ayuda que ella tenía—.  
La afligen los apuros. Lloro, temiendo  
las estrecheces de antes ¡y con qué pena!  
piensa en el hijo ausente que está cumpliendo  
los tres años, tan largos, de su condena...  
La crítica se muestra muy indulgente:  
—Las personas han sido mejor tratadas  
que otras veces, sintiendo, naturalmente,  
que "hayan habido" algunas bromas pesadas...  
En cuanto a las muchachas, ¡con unos aires!,  
como si trabajasen de señoritas...  
¡Han dejado la fama de sus desaires  
llenas de pretensiones las pobrecitas!  
Sin entrar en detalles sobre el odioso  
golpe de circunstancias, alguien se queja  
preguntando a los hombres quién fue el gracioso  
que se llevó a los novios de la bandeja.  
En el patio, dos mozos arman cuestiones,  
y sin ninguna clase de miramientos  
se dirigen airadas reconvenciones,  
resabios de distantes resentimientos...  
Como el guapo es amigo de evitar toda  
provocación que aleje la concurrencia,  
ha ordenado que apenas les sirvan soda  
a los que ya borrachos buscan pendencia.  
Y, previendo la bronca, después del gesto  
único en él, declara que aunque le cueste  
ir de nuevo a la cárcel, se halla dispuesto  
a darle un par de hachazos al que proteste.  
Y en medio del bullicio, que pronto cesa,  
las guitarras anuncian estar cercano  
el aguardado instante de la sorpresa  
preparada en secreto desde temprano:  
Que, deseosos de aplausos y de medirse  
de nuevo, recordando sus anteriores  
tenaces contrapuntos sin definirse,  
van a verse las caras dos payadores.